

WAGNERIANA CASTELLANA N° 68 AÑO 2009

TEMA 4: BAYREUTH, FAMILIA WAGNER, PROTECTORES

TÍTULO: **RECUERDOS SOBRE SIEGFRIED WAGNER, DETMOLD 1942.**

(parte segunda)

AUTOR: *Franz Stassen*

El Profesor Franz Stassen ha puesto amablemente a disposición de la Confederación de Bayreuth sus "Recuerdos sobre Siegfried Wagner". La viva imagen de Siegfried Wagner que Stassen ofrece en sus valiosos apuntes, son un auténtico documento de la cordial amistad y comunión artística de dos grandes maestros alemanes. La Confederación de Bayreuth ofrece los recuerdos de Stassen en el segundo tomo de su serie de escritos.

Ahora debemos tratar finalmente de la relación con su eminente madre. Su posición ante la Sra. Cosima era de amor, respeto y asombrada admiración, pero también de serena crítica. Desde su primera juventud reconoció su maestría artística, a la que tanto debió, ella fue la educadora de la cultura mundial y artística que Siegfried aceptó voluntariamente. Ella reconoció en el niño su personalidad y lo dejó crecer según su propia voluntad. Las formas del gran mundo se entendían por si mismas, y cuando el despreocupado Siegfried se encontraba ante altas personalidades le bastaba una silenciosa mirada de la madre para saber como debía actuar. Los grandes temas espirituales eran tratados y estudiados solidariamente, y tras la muerte del Maestro los lazos que la unían al hijo fueron todavía más estrechos. Siegfried era el hijo ideal, lleno de amorosa preocupación por su bienestar. Pero a veces se interponía en su camino resistiéndose a su fuerte temperamento. En el banquete de celebración del primer "Bärenhäuter", le sacó de las manos la mayonesa que ella había cogido: "Mamá, esto no te sienta bien."

Años más tarde, cuando se repetían sus amenazadores ataques, y ella salía a pasear contra viento y marea con su fiel enfermera Dora, al regresar a casa con su impermeable mojado, Siegfried la esperaba en las escaleras de Wahnfried para abrigar-

la con pañolones de lana y darle pastillas contra un posible resfriado. Y cuando quería alargar excesivamente las horas de conversación, aparecía en la puerta un amenazador Siegfried con el reloj en la mano: “¡Ahora basta!”

La Sra. Wagner decía: “Para mi Siegfried no es un hijo, es más bien una hija.”

Cada día él y su esposa se sentaban a su lado durante una hora, la Sra. Wagner esperaba con alegre impaciencia las informaciones de sus viajes, de representaciones y conciertos, interesada por estos trabajos que ella ya no podía presenciar en escena. El humor de Siegfried la encantaba y una anécdota vivida o inventada la llevaba a una sonora risa. Le mostraba siempre un rostro alegre ante las dificultades que el mundo planteaba a su hijo. Cuando Siegfried en su 60 cumpleaños, leyó su escrito de agradecimiento, al llegar al punto de dirigirse a la madre, la voz se le rompió y solo tras unos minutos logró continuar.

En sus cartas de 1920 escribe: “Su naturaleza es realmente fabulosa. Hace poco más o menos diez días tuvo varios ataques, ha vuelto a recuperarse y está sorprendentemente fresca. Y además nunca tiene una palabra de queja. Realmente un gran ejemplo. A menudo me avergüenzo cuando me quejo del mal tiempo, de la mala política y de la basura bávara.”

Siempre que era posible procuraba tener alejadas de ella las noticias preocupantes, las defunciones de la familia, para así proteger la valiosa vida. La Sra. Wagner vivía observando tranquilamente su entorno, una vez dijo en una carta que era una especie de espía. Ella deseaba que su vida se extinguiese, para ella el gran pasado era el presente, y a veces su mente no captaba la realidad actual. ¡Que tres personalidades: Richard Wagner, Cosima Wagner y Siegfried Wagner! ¡Cuando se ha visto algo parecido!

No tardó en aparecer un nuevo poema, sobre el cual Siegfried informa en una carta: “Imagina, Cymbeline, no ha logrado pasar del primer acto. Esta confusa italianidad me ha resultado antipática. Los siguientes actos tendrán que ser mucho mejores. (¡No logró seguir!) ¡Estamos encantados con la Iliada! ¡Nos pasa lo mismo que a ti! Uno no puede separarse de este mundo. ¡Judíos y sacerdotes lo han destrozado!

Uno añora las rocas y el mar del sur. Estoy tratando un nuevo sujeto sobre un viaje a Italia, a la Apulia, para por lo menos poder recrear este mundo artísticamente. Así uno puede introducirse algo en lo griego.

(Según el estilo de la Sra. v.R.) La obertura del Schmied está esbozada, mucho ruido para nada, ¡no me gusta en absoluto! ¡Aquí se produce un auténtico vacío!

A nosotros nos va bastante bien. Por desgracia algo de lumbago. La pequeña sociedad marcha bien. Ahora vivimos nueve en la pequeña casa adjunta. Mamá tiene, gracias a Dios, una estufa en su casa.”

Era la tremenda época del principio de la inflación, no había carbón, pero para su madre fue posible encontrarlo. La Sra. Winifred Wagner se encarga de las cuentas y administra con eficacia. Cuan a menudo hablaba Siegfried sobre la ayuda que para él representaba la joven señora y de cómo le apartaba los problemas del camino. A pesar de la mala época Wahnfried sigue durante estos años con su habitual hospitalidad. La fuerza poética de Siegfried había terminado el poema de “Rainulf und Adelsia”, no dejó que las preocupaciones reinasen sobre él.

En 1921 dirigió un gran concierto en Estocolmo, y en Abril se marchó de nuevo a Italia. Turín le ofreció dirigir dos conciertos. En una carta informa brevemente del entusiasta recibimiento del Sur. “Saludos desde Florencia, estimado Alma. En Turín fue fantástico Los piemonteses son la columna vertebral de Italia. Aquí uno se sumerge en Arte y en Chianti. A nosotros, los alemanes, nos tratan muy bien, lastima que a mi a veces me toman por un inglés y me dicen: “Maledetto Inglese!” Mañana empezaré diez días en Roma, después Nápoles. Lo de dirigir tiene su parte buena, la de poder ir a Italia.” Y de vuelta a casa escribió: “ ¿Has estado en Ravena? ¡Maravillosa! ¡Pero lo mejor de nuestro viaje fue Pöstum!”

Continuó tranquilamente su trabajo en Wahnfried. Trabajaba de una manera que solo él era capaz de entender sus escritos. Con pequeñas notas y advertencias sobre la elección de instrumentos esbozaba todos los actos, y cuando llegaba a la instrumentación, que para él era lo más atractivo, sus finas letras llenaban la partitura desde la primera a la última página. Nunca se producía una falta que debiera corregirse o cambiarse.

Existían una serie de trabajos sin terminar. El primero era la ópera amorosa mencionada más arriba, con el poema terminado fue atraído por otros temas, no pensó más en la obra.

En el último año de la guerra compuso un Himno a la Paz que debido a su dolor y rabia por el fracaso alemán, nunca lo interpretó. Terminó la instrumentación del “Schmied von Marienburg” y “Rainulf und Adelasia”.

Entonces siguió un poema operístico, “Wahnopfer” que nunca terminó, y “Die Heilige Linde” su última obra concluida.

El poema “Walamund” y la ya mencionada “La Pequeña Maldición que todos Heredamos” cerraron esta rica vida operística. Terminó el boceto del último cuento fantástico, quiso instrumentarlo, terminó el preludio, y falleció.

Llegó el final del año y en Enero de 1922 dio una conferencia en Basilea, en Febrero se dirigió a Copenhague y en Abril y Mayo a Bergen para unos conciertos. Comentó afectado sobre sus visitas a la gente del Norte: “Diez meses al año debo sacrificarme dando conciertos en pequeñas ciudades, solo para ganar dinero y poder compensar el cada vez más importante déficit de final de año, un déficit provocado por tributos, impuestos, gastos de la casa, etc.” En la misma carta sigue escribiendo: “¡Justamente terminamos de leer Lear! ¡Voto al diablo! ¡Que personaje! A pesar de dejarlo medio muerto es tan grandioso que pasa por encima de todo dolor humano, y uno queda en suspenso como ante un tremendo suceso de la naturaleza.

He escrito hace poco unos “Recuerdos” que me fueron solicitados por una editorial americana. Creo que serán muy entretenidos. En todo caso no faltará el humor. En Noruega he esbozado dos nuevos textos. ¡Uno está todavía palpitando! Por desgracia no puedo seguir pensando en la impresión de Rainulf; espero poder hacerlo si lo de América se realiza. Solo dejare imprimir el Preludio y un número de canto (Adelasia) (¿o tampoco tendría que hacerlo?) (¡Maligno comentario de la redacción!).

¡Adiós querido Alma!”

Se acercaba amenazante el año de la inflación, y Siegfried era asediado e importunado para que empezase de nuevo los Festivales. Más tarde dijo, si en el año 1923 me hubiese dejado convencer, todo se habría perdido. En estos años Schwerin dio primero “Sonnenflammen” y después “Hütchen”, y Rostock su “Schwarzschanenreich”.

También se había terminado “Rainulf und Adelasia”, con todo el encanto del sur de Italia y la magnificencia de Sicilia.

Se trata nuevamente de una obra basada en la resignación, pero en su interior llama una belleza griega cuando en la maravillosa noche del Sur, con las estrellas brillando sobre el mar, son invocados Afrodita y Dionisios en la embriagadora escena final del segundo acto, cuando Rainulf, entre el tumulto de los danzarines, se echa en brazos de Graziella. Después llegaron otras dos obras a las que el maestro pronto les puso nombre: "Wahnopfer" en la época gótica, y un antiguo tema germánico, "Die heilige Linde".

Siegfried solo terminó totalmente esta última partitura, en ella aparece de nuevo su genial maestría.

En aquellos momentos Siegfried buscó en Italia a Mussolini y tuvo una entrevista con él. Le causó una gran impresión, "pero los ojos azules de Hitler me gustaban más." Desde el principio admiró el movimiento del que esperaba realizase el despertar de Alemania y su renovación. A principios de los años veinte Hitler estuvo en Bayreuth y allí empezó la amistad con Wahnfried y la casa Chamberlain.

Llegó el horrible año de la inflación, pero a pesar de todo en Bayreuth empezaron los preparativos para los Festivales del año 1924 y Siegfried se sumergió por completo en estos trabajos. Había planificado un viaje a América para recaudar fondos para la obra de Bayreuth y en Enero emprendió la travesía del Océano con la Sra. Winifred. Allí encontró una magnífica acogida, tanto para él como para su esposa, pero desgraciadamente la parte económica del asunto no obtuvo el resultado esperado.

A la vuelta los Wagner pasaron por Italia, desde allí Siegfried escribió: "Nápoles y Roma son de una belleza divina.. Estuvimos encantados en América, con unas amables experiencias. A principios de Mayo estaremos en casa. Hasta la vista, en los ensayos generales." Así, tras diez años de pausa se abrió de nuevo el Teatro del Festival, y en 1925 fue posible repetir las representaciones.

En Wahnfried, junto a la alegría de los cuatro niños, hacía años se daba el dolor por la grave enfermedad de H. St. Chamberlain. El paciente soportaba con paciencia y con serenidad el intenso dolor y con una inmutable fuerza espiritual realizó lo irrealizable, escribió sus libros: "Caminos de mis pensamientos" y "Hombre y Dios". Siegfried llevaba este último libro en su corazón.. Tanto en sus cartas como en sus conversaciones aparecían de nuevo los interrogantes sobre el tema de la religión. Por fin el duro destino de Chamberlain llegó a su final; murió en 1927. Siegfried escribió so-

bre ello profundamente conmovido, y su esposa fue para su cuñada una fiel compañera. En los casos de muerte Siegfried siempre había encontrado la adecuada palabra consoladora y el correcto recuerdo para el desaparecido. En 1916, cuando Glasenapp murió en Riga escribió: “El único consuelo, dentro del gran dolor, es que su querida alma no se trasladara al otro mundo, ella continuará viviendo entre nosotros aunque su percedero cuerpo haya desaparecido.” Y cuando falleció la Sra von Wolzogen escribió:

“También nos ha abandonado Matilde Wolzogen. Es emocionante y grandioso el dolor de H., realmente es una consunción absoluta. El amigo Hein ronda destrozado por nuestro entorno. Ella, gracias a Dios tuvo una muerte suave e indolora. Era un gran carácter, un sentimiento firme, con un inquebrantable amor a la verdad. ¡Una mujer de la vieja Prusia!” Y sobre otra muerte escribió: “¡No, así no debe terminar el alma humana! ¡Se le debe conceder otra vida donde se oponga a los demonios, y donde vuelva a ser lo que fue en el feliz origen de la juventud!” Y a un amigo le escribió: “¡Es atroz e injusto, y uno debe reunir toda su fuerza cristiana para no amargarse! ¡Se ven florecer canallas, engordar insolentes, y estos seres nobles y puros nos son arrebatados!

Ninguna noticia me ha conmovido tanto como la de la carta de hoy. Es un flojo consuelo el leal amor de los amigos que recuerdan al fallecido. ¡Oh, cuando terminará este horrible año! ¡El único punto de luz fue la reunión de las queridas Almas de Bayreuth! ¡Un consuelo y un fortalecimiento! ¡De lo contrario se debería arrojar del templo al viejo Zebaoth!

¡Perdonad esta explosión de rabia, pero uno debe desahogarse! ¡La injusticia es demasiado grande!”

Sí, la amistad era para Siegfried Wagner la de una persona constantemente preocupada a ayudar en todo lo posible, siempre que no tuviera que ser necesario mucho dinero; todas las pequeñas menudencias diarias despertaban su afectuosa solicitud, y sabía alegrar los días de fiesta con oportunos obsequios, a menudo con ingeniosos y humorísticos versos, a veces con todo un poema.

Este es el que escribió con motivo del 60 aniversario:

¡Pues bien! ¡Para nosotros un mal año,

ya que nos llaman jubilados!
¡Tu astuto! ¡Tu listo! ¡Tu retorcido!
¡Yo en cambio me quedo paciente en casa!
Nos frotan festivos la nariz:
¡Sois sesentones, Siegfried y Stassen!
¿Sesenta? ¡Quiere decir esto
que pertenecemos a los mayores?
¡Esto a nosotros no nos pasa!
¡Gozamos todavía de nuestra juventud!
¿Notas algo para necesitar apoyo?
¡Nosotros no notamos nada!
Y si viene Freia con las manzanas,
Decimos: “¡Muchas gracias, no las necesitamos!”
Si alguna vez nos pincha el esqueleto,
entorno al corazón todo está libre y claro.
Ningún cálculo, ninguna arruga, ningún reumatismo,
se encuentran presentes.
¡Así, continuamos creando,
con fe y alegría!
¡Siguiendo nuestra conciencia,
no es tan mala la tierra!
¡Solo el que actúa contra su conciencia,
por amor al diablo y según la moda,
será viejo, infelizmente viejo,
un árbol podrido, descolorido, carcomido!
Esta es mi danza de cumpleaños:
Algo tonta:
¡No la tomes a mal!
Está bien intencionada: ¡Salve nuestro Franzl!

Las sentidas dedicatorias que el joven maestro hizo en sus primeras obras fueron dirigidas, en el caso de “Bährenhäuter”, a Gross el fiel colaborador de Wahnfried, decía: “Dedicado a Adolf von Gross, con amor, respeto y agradecimiento.”

Para el “Herzog Wildfang”:

“A Su Excelencia la Sra. Condesa Marie von Wolkenstein-Trostburg, la triunfante y leal promotora de la obra de Bayreuth, dedicado con respeto.”

El “Kobold” pertenecía:

“Al Caballero del Gral, Hans Paul Barón von Wolzogen.”

El “Bruder Lustig”:

“Carl Friederich Glasenapp con inalterables y leales sentimientos.”

El “Sternengebot” lo dedicó:

“Karl Klinworth, el digno apóstol y amigo de Richard Wagner y Franz Liszt; abnegado defensor de mi padre y de mi abuelo, respetuosamente agradecido.”

La última dedicatoria de una ópera, el “Banadietrich”, fue dirigida a Engelbert Humperdinck: “A mi maestro y amigo.” Y el autor, en una carta de Navidad llena de humor, le adjuntó la Balada de la Gorda y Grasieta Tortilla.

Siegfried fue un padre feliz con sus cuatro hijos, se alegraba de sus personales características y seguía con interés su desarrollo artístico. En una fiesta de cumpleaños, los cuatro, Wieland tenía poco más o menos siete años, le ofrecieron una serenata. Cantaron una conocida melodía con total seriedad, de forma espontánea, sin preocuparse por las notas desafinadas, cosa que causó general alegría. Siegfried, feliz, escribió más tarde: “Wieland es muy musical.” Él veía en su hijo sus propios talentos, sobre todo el gusto por dibujar espacios urbanos y arquitectónicos. En esta familia se daba la peculiar suerte que los niños siempre perdían al padre a temprana edad. Así fue con el Maestro cuando perdió a su querido padre adoptivo, Geyer; Siegfried lo perdió a la temprana edad de 14 años, y a su Wieland le sucedió lo mismo.

En el año 1926 la Asociación de la Juventud Alemana de Bayreuth fue invitada a un Festival en el Teatro Nacional de Weimar. El Director de la Asociación, Otto Daube, había organizado la cosa, y se representaron: de Siegfried el “Bährenhäuter” y el

“Sternengebot” y como obras teatrales el “Longinus” de H. v. Wolzogen y “Münchenhausen” de Friedr. Lienhard.

Fue un gran éxito artístico. Alexander Spring puso en escena las dos óperas, cantaron una serie de conocidos cantantes de Bayreuth y a pesar de numerosas dificultades pudo realizarse la empresa.

La primera noche el “Bärenhäuter” fue recibido jubilosamente, los jóvenes aclamaron a Siegfried y lo sacaron del Teatro a hombros. Lo mismo sucedió con la grave “Sternengebot” cuya profunda tragedia dejó una intensa emoción. Sobre todo en el segundo acto Spring realizó una magistral puesta en escena. En los siguientes años, debido a los altos costos el déficit fue preocupante, pero gracias a sus conciertos se logró superar lo de Weimar. Los Festivales de 1927 y 1928 los comentaremos más adelante. Durante estos años Siegfried disfrutó de varias excursiones en su automóvil, conducido por su esposa, recorrieron numerosos rincones alemanes desde donde mandaba postales saludando a los amigos. Sobre todo le gusto el Bodensee y allí el bello y romántico Meeresburg. En sus últimos años tuvo siempre la idea de adquirir junto al lago un lugar para su casa.

En Abril de 1927 dirigió en el Albert Hall de Londres un gran concierto en el que fue muy aclamado. Una vez, antes de la guerra, al regresar de Inglaterra opinó que era posible aprender mucho de ellos, esto a pesar que en su juventud estaba furioso contra la falta de consideración de la política inglesa. Esto fue motivo de una seria discusión con su amigo Harris durante el viaje a la India.

Apareció un nuevo poema operístico, “Walamund”. Se trata de una especie de testamento, brotado de lo más profundo de su corazón alemán ante la indignación que le causaban los acontecimientos de los últimos años. Permaneció fiel a los grandes movimientos populares del Nacionalsocialismo. Desde sus primeros encuentros apreciaba a Hitler, Ludendorff fue también huésped en Wahnfried y fue invitado a un Festival antes de su brusco rompimiento con Hitler.

Cuando el Führer vino por primera vez a Bayreuth, conquistó con su persona y como protector de Alemania, todos los corazones de Wahnfried. A Chamberlain le causó una gran impresión, haciéndole olvidar sus dolores. Siegfried escribió en 1929: “Estuvimos dos días en Munich. Tras mucho tiempo vimos de nuevo a Hitler. Tiene unos bellos y profundos ojos y una bondadosa cordialidad.”

En las cartas de Siegfried aparece siempre de nuevo el dolor por Alemania, con expresiones de un profundo sentimiento de amargura. Así su arte, siempre reflejo de sus vivencias, y siempre objetivo, creó el poema de "Walamund". Siegfried creó en este poema un verdadero símbolo y es penoso que no nos sea posible escuchar su música.

Todavía existen otras pequeñas obras: el Concierto de Flauta en el que se encuentran motivos del segundo acto de su "Friedensengel". Este concierto lo compuso pensando en su sobrino Gilbert Gravina, el estupendo flautista, y posee una juguetona belleza, como la de un joven sátiro. También compuso una Sinfonía que por desgracia nunca pudo escuchar; él esperaba una audición en Hamburgo. Más tarde realizó un poema sinfónico, "Glück" que dio algunas veces en concierto, dejando un comentario escrito por él en el programa.

Hizo una composición para canto sobre un poema del prematuramente fallecido Dr. Günther Holstein, una visión sobre la guerra.

En estos años, cuando los niños crecían felizmente, me llegaron una gran cantidad de cartas en las que me informa sobre la nueva vida que en Wahnfried se desarrollaba feliz y llena de humor. Cada nuevo adelanto de los pequeños era una alegría para él.

Tras la Navidad de 1927 escribió: "La Navidad ha sido encantadora, los niños se ocuparon de la parte musical. Wieland es muy músico, Mausei se introduce entre ellos con una diarrea de tempos y se lía a puñetazos con los semitonos. Verena canta con gracia y Wolf quiere aprender a tocar la flauta.

En el primer día de la fiesta, comida con una pularda dura como una piedra y con un dulce fracasado. ¡Un hígado de pato de B. d. H, salvó el prestigio de la casa! En la reunión se juntaron las siguientes edades: Mamá 90, Gross 84, Marie v. Schöler 82, H. v. Wolzogen 78, Daniela 66, Eva 60, yo 58, y después 30, 10, 9, 8, 7.

Y así pasó la cosa. Espero que tú también disfrutases de una buena noche.

Ahora mismo hemos empezado el "Diario" de Schopenhauer, y nos alegramos con la Sinagoga Portuguesa."

Esta carta fue escrita después de cumplir los 90 años la Sra. Cosima Wagner. En ella informa sobre su madre:

“Hace dos días que mamá sufrió un ataque, tuvimos que cuidarla. Vuelve a estar bien, pero no sabe que es Navidad ni que ha sido su cumpleaños. Esto es casi mejor ya que se le evitan las emociones. Más que nada se preocupa por agradecerlo todo. Daniela dijo: Mamá me parece Odiseo que dormido regresa a Itaca.”

Así se ocupaba Wahnfried de proteger la querida vida.

Entretanto se dio con éxito el estreno del “Schmied von Marienburg” en Rostock. Esta obra tenía mucho valor para el Maestro. Desde 1913 hablaba de ella y en 1916, tras una pausa en el trabajo, recuperado de sus maltratados nervios, volvió a dedicarse a su composición.

A partir de entonces la obra se dio varias veces en Braunschweig, y funcionó bien a pesar de algunos fallos. Se suprimió el Preludio y los intérpretes del Herrero y de Willekin no estuvieron a la altura requerida.

El último estreno de una de sus obras lo vivió Siegfried en Karlsruhe. Allí se dio, en 1926, el “Friedensengel” Fue un buen trabajo artístico y obtuvo un gran éxito. Hacía ya tiempo que conocíamos el impresionante Preludio pues lo había interpretado en varios de sus conciertos.

Así Karlsruhe tuvo el honor de haber estrenado tres óperas de Siegfried: “Banadietrich”, “Schwarzschwanenreich” y “Friedensengel”. Tres años más tarde el Staatstheater dio de nuevo el “Sternengebot”.

Así pasaron estos años creadores; hacía excursiones y pequeños viajes de descanso en su coche. Muy a menudo a Suiza donde el aire vigorizante iba bien a sus nervios, muy a menudo dolorosamente sensibles. Cuando un día llegó a Berlín, le comunicó a Z. B.: “Si quieres ver una figura fascinante ven el próximo Martes por la noche a Pschorr. ¡No es posible vivir sin Berlín! ¡Esto es oro puro!” Pero el Berlín supermoderno, con sus exhibicionistas anuncios luminosos, le atacaba los nervios: “Preferiría escribir tres óperas que romperme la cabeza pensando en como son capaces de hacer esto.”, dijo al llegar a la cervecería Pschorr, viendo que desde todos los rincones estallaban estas excentricidades ópticas.

Al regresar al tranquilo Wahnfried, empezaba con los preparativos, junto a los artistas que se encontraban allí durante los años de pausa entre los Festivales, y continuaba con su correspondencia relajada y alegre. Escribía sobre las impresiones que le causaban sus lecturas, con una amplia visión sobre la literatura universal: “Leemos de

nuevo el Evangelio de Juan y sentimos que allí se encuentra todo lo necesario para recibir consuelo.” Y otra vez: “ Leemos con enorme interés las Confesiones de Rousseau, un hombre excepcional, no puedes evitar amarlo, ¡pero también es un muchacho capaz de cualquier cosa! ¡Ade!

Siegfried (Arabesco de Durero)

Si pudieses hacer un tal arabesco.”

“Leemos la “Historia de las costumbres de Roma” de Friedländer, muy interesante. Por la noche “Los Miserables” de Victor Hugo llena de talento y muy efectista. En todo caso no con párrafos tan largos como en la mayoría de novelas alemanas.”

En una postal, con un sonriente niño mendigo napolitano, dice: “Uno al que no le inquieta la filosofía.” Y en una gran postal que muestra la entrada del Papa en San Pedro, pone el comentario: “¡Justo de esta manera lo habría imaginado Cristo!” En una de sus cartas escribe: “ ¡Deja que te interpreten la Giga No. 5 (sol mayor) de las Suites Francesas de Bach! ¡Es soberbia! ¡Haré que me la toquen en mi lecho de muerte para que mi entrada en el Eliseo sea alegre! Tu leal S.W.”

Los mejores días de fiesta en Wahnfried eran, ante todo, los de Navidad, que además coincidía con el cumpleaños de la Sra. Cosima Wagner. En el salón se colocaba un enorme árbol de Navidad y la Sra. Winifred Wagner dirigía una genial puesta en escena para la entrega de regalos y para todo el transcurso de la fiesta. Todo el tiempo que el árbol permanecía allí, la Sra. Cosima vestía de blanco, más que nada por amor a Siegfried. Los niños, Wieland en primer lugar, y Wolfi ocupándose de la luminotecnia, interpretaban en el Teatro de Marionetas “El Anillo del Nibelungo” y “Bärenhäuter”. Siegfried se lo hizo solo la primera vez, cuando empezaron con “El Oro del Rin”. Esto le causaba una gran alegría artística viendo su prometedora actuación.

Después venían su cumpleaños y el de su esposa, en los cuales los niños les dedicaban una serenata, y llegaba un torrente de felicitaciones que debían ser agradecidas. La cantidad de correspondencia que llegaba cada día a Wahnfried solo podía ser liquidada en un horario de oficina casi militar. Siegfried decía a menudo irritado que para el 60 cumpleaños de su padre nadie había mostrado interés en Alemania, solo lo felicitó la Sra. von Schleinitz. Pero esto no sucedió en el suyo. Su familia, sus

artistas, sus amigos no renunciaron a felicitar al querido Maestro en su día. La Sra. Winifred planificaba la organización de la fiesta. En la mañana del 6 de Junio se dio una serenata al homenajeado. A partir de las diez recibía a los que lo felicitaban, siempre con su amable estilo, oculto tras unas bromas llenas de humor. Leía ante los reunidos unas palabras de agradecimiento salidas del corazón. A las doce y media reunión de un pequeño grupo para la comida. Esta tenía lugar en el salón, los niños lo hacían en el comedor, y como premio puso ante cada uno de nosotros una salutación con algunos de sus nuevos versos: “La Pequeña Maldición que Todos Heredamos”

Para el café de la tarde todos los reunidos nos dirigimos al Eremitage, por desgracia llovía, y tuvimos que quedarnos en la sala algo apretados. El grupo de aficionados del capitán Rossbach había acudido. Para la fiesta nocturna, el jardín de Wahnfried se adornó con farolillos, también se había construido un tablado para los bailes. Pero la lluvia siguió siéndonos fiel y así tuvo que celebrarse en el interior. El refresco con salsichas a la parrilla y cerveza fue típico del Norte de Franconia. Los niños de Wahnfried tuvieron mucho trabajo para servir a los invitados. Debido al mal tiempo todo se hizo en el interior, y en la rotonda que da al jardín los jóvenes de Rossbach bailaron sus danzas populares. Todo se hizo según el sentido de Siegfried Wagner el poeta del “Bärenhäuter”, creador de encantadoras melodías y bailes populares. Él prefería sentarse entre la gente joven, de su corazón manaba una fuente de juventud, creo que hacía dos o tres días había terminado su último poema fantástico. En una conversación dijo: “Hay viejos de 20 años y jóvenes de 70.”

En la Primavera de este año escribió: “¿Cómo se siente uno cuando se tienen 60 años? ¡Cuidado, yo tengo todavía 59! ¡Ten en cuenta que primero se debe salir del huevo!”

Algunos días después de la celebración del cumpleaños en Bayreuth, el Teatro de Weimar dio una representación del “Banadietrich”. Fue una de las más bellas de las que disfrutaron entonces las obras de Siegfried Wagner. La puso en escena Alexander Spring, uno magnifico conocedor del arte de Siegfried. Siegfried con su familia y su hermana Daniela estuvo presente y acudieron gran número de amigos. Los decorados fueron muy bonitos, sobre todo el del tercer acto con el bosque encantado y el

final fue sencillamente grandioso. Fue una auténtica fiesta, el querido maestro fue homenajeado y la cosa terminó con un banquete.

En Pascua tuvo un accidente de coche junto a su esposa y Wieland, que se comportó muy tranquilo y valiente. Él sufrió una herida en un pulgar que necesitó mucho tiempo para curarse. En el verano se dirigió de nuevo con su familia al querido Meersburg en el Bodensee; tenía ante sí un intenso trabajo para los preparativos del siguiente Festival. En la primavera dio un gran concierto en Lucerna en el que fue muy aclamado. Por fin podría realizar su gran deseo: representar "Tannhäuser".

Se acercaba el decisivo año 1930. Siegfried se dirigió por última vez, acompañado de su esposa, a Inglaterra para dirigir conciertos en Bristol y Bournemouth. Milán le había propuesto ya dos o tres veces dirigir "El Anillo del Nibelungo" en La Scala. Debido al intenso trabajo que en este año se le presentaba lo rechazó y escribió que él solo dirigía la obra sin cortes. Inmediatamente le aceptaron la condición. Entonces escribió que solo lo haría si también podía dirigirla escénicamente. Entonces la empresaria de La Scala se trasladó personalmente a Bayreuth y le aceptó todas sus condiciones. Entonces no pudo seguir negándose y aceptó para Febrero este ingente trabajo. Fue algo que agotó sus valiosas fuerzas, pero Italia le rindió homenaje de la manera que esta gente tan sensible al arte sabe hacer. Se entregaron a Siegfried coronas de laurel, cosa que en Alemania, prácticamente nunca era el caso. Entre nosotros siempre tratan de desvirtuarlo, siempre se le pone delante la oposición artística de su "más que grandioso padre", se recelaba, se dudaba y la maliciosa prensa se burlaba siempre de él.

Pero en Milan todo el mundo se ponía firme, y respetuoso cuando Siegfried entraba en el Teatro. Cada indicación suya se cumplía a raja tabla, y tuvo trabajo para librarse de fiestas y banquetes organizados por los Amigos del Arte de Milán. Los dos ciclos del "Anillo" fueron recibidos con tempestuoso entusiasmo. Era como si el Destino desease mostrarle lo que realmente merecía como fiel hijo, heredero y custodio del Santuario confiado a él.

Pero la dura fatiga nerviosa fue intensa, y además Bolonia quería también un concierto bajo su dirección. Para recuperarse se dirigió, junto a su esposa, a la Riviera. En Italia todavía disfrutó de una alegría artística en Parma con los bellos cuadros de Correggio y con la grandiosa catedral de Modena.

Entonces llegaron amenazadoras noticias de Wahnfried sobre el estado de salud de su madre. La vida de la Sra. Cosima Wagner llegaba a su fin. Rodeada del atento cuidado de sus hijas se alejaba de lo terreno, veía pasar ante sí los grandes momentos de su vida: las obras, el “Parsifal”, la presencia del hijo .y el 2 de Abril se durmió para siempre.

Siegfried recibió el telegrama en Italia cuando estaba ya a punto de regresar, llegó a la tarde siguiente a la muerte de su madre. Para él fue todo tan horrible, estaba tan tremendamente afectado que la familia no quiso que asistiese a la incineración en Koburgo.

Cuando por la tarde nos encontramos por primera vez me dijo con una mirada patética en sus bellos ojos: “¡Que suerte que hayas venido!”

Estuvo mucho rato junto a su madre. La Señora, con un ropaje blanco, se encontraba en la biblioteca bajo una corona de laurel y el retrato del Maestro. La suave luz de dos candelabros iluminaba a la dormida. Como un plumaje de cisne, el blanco cabello rodeaba el rostro lleno de paz. En la caja había camelias, flores que tuvieron un gran significado en la vida de la madre de Siegfried. En esta hora, en este decisivo instante, una gran paz inundó al hijo por lo que decidió participar en las honras fúnebres.

El 3 de Abril la familia se reunió entorno al ataúd. Las palabras del Evangelio y el Coro de la Pasión según San Mateo:”Cuando una vez debo partir”, dieron al momento la bendición religiosa. Según decisión de la fallecida solo debían pronunciarse las palabras del Nuevo Testamento, nada de alabanzas ni reconocimientos.

Cuando el ataúd fue bajado por las escaleras de Wahnfried, Siegfried, terriblemente pálido, permaneció con la familia ante la puerta. La comitiva pasó por Bayreuth, los niños de las escuelas y los vecinos asistieron al recorrido hasta la Iglesia de San Georgen, allí estaban los coches que debían llevarnos hasta Koburgo. El coche con el cadáver se detuvo un buen rato ante el Teatro del Festival para despedirse del sagrado lugar. En Koburgo, un sacerdote que había pertenecido anteriormente a la Iglesia Católica y ahora a la Luterana expresó un recuerdo para la hermana cristiana.

Con el coro de los Peregrinos “Hacia ti camino Señor Jesucristo” de “Tannhäuser”, la obra preferida de Cosima Wagner, terminó la celebración, y con el Encanto del Viernes Santo el ataúd fue introducido en las ardientes brasas.

Al día siguiente, solo ante la familia, las cenizas fueron introducidas en la tumba de Richard Wagner.

La esposa del Maestro había deseado que sus cenizas fuesen esparcidas sobre las rosas que rodeaban la tumba ... allí se sepulto la urna.

Tras su conmoción anímica Siegfried estuvo sereno en las dos noches siguientes; habló de continuar su recuperación en Italia tras el concierto en Bolonia. Al terminar las ceremonias, hasta el principio de los ensayos, se dirigió a casa de su sobrino el Conde Manfred Gravina. Allí pareció encontrarse bien, en todo caso nadie pensaba que solo le quedaban unas semanas para permanecer entre nosotros. No quería estar enfermo, cuando en 1929 un medico amigo le aconsejó hacerse unas radiografías, no quiso hacérselas. Pero hacía tiempo que el corazón estaba enfermo. Una noche, durante el tiempo de los ensayos, la Sra Wagner dijo que Siegfried debería hacer cada año una cura de aguas termales ... pero no lo hizo, no dijo nada, le quitó importancia.. Hacerse mayor, estar enfermo, cuidarse, sobre esto no quería saber nada, y volvió a ser el de siempre en cuanto a la energía, a la resistencia, a la voluntad de trabajo, de manera que nadie pensaba que la cosa pudiera ser de otra manera.

Como se alegraba con los reencuentros: “¡Müller, Müller que bien que vuelvo a encontrarte!”, esto le decía a la Müllerin de “Hütchen” y se animaba ante nuevas historias. Las últimas cinco noches antes de su colapso fueron bonitas y armónicas. Un pequeño grupo lo rodeábamos sentados en su entorno, se habló sobre temas artísticos, amigos de siempre contaron historias pasadas, quedó claro que podía revivirse la felicidad del compañerismo, los muchos problemas del tiempo de ensayos se habían superado, el tremendo trabajo con “Tannhäuser” estaba ya realizado. Así, sentados junto a él, este último Miércoles, en el restaurante del Teatro, entró un cantante que le había procurado varias horas difíciles. Unas palabras conciliadoras: “¡Me parece un niño grande, es todo un carácter!” Así hablaba el bondadoso genio.

Al día siguiente había un gran ensayo, puede decirse el ensayo general de “El Ocaso de los Dioses”. Gotthelf Pistor cantaba el Siegfried. Durante todo el día no habíamos visto a Siegfried y la sala estaba ya oscura cuando entró. Apareció muy serio y no nos dirigió una palabra de saludo como era normal en él; su hermana, Gravina, dijo que seguramente había pasado por un nuevo problema, así que preocupados lo con-

templamos sentado en el centro de las primeras filas de la sala. De repente volvió a estar alegre y se rio, ante lo cual cesó el peso que sentíamos en el alma. “El Ocaso” transcurrió magníficamente, abandonamos el Teatro tranquilos, y por la noche nos sentamos despreocupados junto a las hermanas de Siegfried en el Bürgerreuth. Después de acompañar a la Sra. Eva Chamberlain quise ir al teatro para encontrarme con Siegfried. “Hoy déjelo solo”, dijo su hermana, “está muy cansado.” Pero pensé que una noche alegre, con agradables risas, podría hacerle bien. Fue entonces cuando salió del restaurante un joven cantante que conmocionado anunció que el Maestro había sufrido un ataque al corazón y que acababan de llevarlo al Hospital. Así no le fue permitido asistir al ensayo general de “Tannhäuser” que hacía 20 años que esperaba.

Entonces llegaron los angustiosos días entre el miedo y la esperanza. La Sra. Winifred estaba día y noche al lado del enfermo. Empezaron los Festivales, y todos los asistentes, todos los artistas y amigos temían y esperaban. Para todos era algo increíble que a nuestro querido Maestro se le diera un plazo tan corto.

La Sra. Wagner no se movía de su lado. No se ejecutó la fanfarria del Festival por estar demasiado cerca del Hospital, se quiso evitar a Siegfried cualquier emoción.

En el último Domingo de su vida, el 3 de Agosto, llegó la noticia a Wahnfried que estaba mejor, que tenía buen apetito y que el médico de Munich, un famoso especialista en enfermedades del corazón, había dicho que esperaba que a su vuelta, el próximo Miércoles, podría dar la noticia de una posible curación. Fue un día feliz, todos estábamos animados y esperanzados, se dijo que Siegfried había recuperado el humor y el 4 de Agosto su hermana reunió algunos artistas a su mesa. Así, el Lunes por la mañana temprano, me dirigí a Wahnfried. Encontré el joven maestro de los niños pálido y preocupado ante la noticia que el Dr. Knittel, el amigo y ayudante de la Dirección de los Festivales, había sido llamado al Hospital a las 7 de la mañana ... pasaron dos horas angustiosas y entonces llegó la fatal noticia: ¡Sin esperanzas!

Había aparecido una trombosis y la querida vida se acercaba a su fin.

Durante los días de su enfermedad se dieron continuos y serios fallos del corazón, pero siempre mantuvo la cabeza clara. El día anterior a su muerte dijo: “Creo que esto es el fin.”. El día de la muerte perdió el sentido desde primeras horas de la mañana. Por la tarde, hacia las 5, Siegfried abrió sus bellos ojos, su rostro rejuveneció

transfigurado, esto fue lo que dijo el médico que se hallaba presente, y sin agonía, un paro del corazón terminó con su vida.

No era un día lluvioso, y cuatro testigos, separados los unos de los otros dijeron que en esta hora un arco iris se extendió desde el Hospital a la Colina del Festival, desapareciendo tras una luminosa nube.

La mala noticia nos llegó en el Bürgerreuth. ¡Sonaban las campanas de Bayreuth!

Nos reunimos a los pies de la Colina del Festival: Graarud, la Sra. Todsén y Emmy Krüger, todos conmocionados por el golpe más duro que podíamos recibir nosotros, los de Bayreuth. Nuestro consuelo era pensar que la gran obra que se realizaba allí arriba continuaría.

El 5 de Agosto, a las 12 del mediodía, según costumbre del antiguo luteranismo, el cuerpo fue bendecido. Siegfried se encontraba expuesto bajo ramas y coronas de laurel. Su rostro mostraba una expresión casi trágica, su frente brillaba bajo el cabello blanco y aparecía un reflejo rosado sobre su cabeza.

El sacerdote mantuvo una corta oración fúnebre sobre las palabras de Pablo: “Lo visible es temporal, lo invisible es eterno.”

Solo estuvieron presentes la familia, los más próximos amigos y el servicio.

Por la noche, arriba en la Colina se dio “Tannhäuser”. El 7 de Agosto la ciudad de Bayreuth celebró en la Iglesia de la Ciudad, los funerales a su Ciudadano Honorífico. Temprano, a las 6, se trasladó la caja plateada, con un crucifijo dorado sobre la tapa, al coro de la iglesia, rodeada por un mar de coronas de flores, y entonces los ciudadanos pasaron ante el féretro en una larga y silenciosa fila para despedirse de su Siegfried.

Como guardia de honor había unos miembros del Comité Directivo de la Asociación Académica Richard Wagner de Leipzig.

Los hijos de Siegfried, Wieland, Wolfgang y Verena regresaron de sus vacaciones en Braunschweig, sin haberles sido posible volver a verlo.

A las 10 empezó el funeral en la abarrotada iglesia. Las Asociaciones con sus banderas ocuparon el pasillo central y el coro. A la izquierda del ataúd se encontraba la Sra. Winifred Wagner con sus cuatro hijos que serenos y graves rodeaban a su madre; Verena se cogía a ella llorando. Los hermanos de Siegfried se sentaban en las sillas de la izquierda del coro y delante de ellos el Barón von Wolzogen, Adolf Gross,

el Zar Fernando de Bulgaria, el Príncipe August Wilhelm de Prusia y el Príncipe zu Hohenlohe-Langenburg, después los directores y solistas del Festival.

Según el deseo, expresado varias veces por Siegfried, lo acompañaron a la eternidad las Corales de Juan Sebastián Bach, y el Dean Dr. Wolfart pronunció la oración fúnebre sobre las palabras de Pablo: “Mantened la fe, el amor y la esperanza, pero de estas tres el amor es el más noble.”

Tras la muerte de la Sra. Cosima Wagner, la noche anterior al sepelio, Siegfried me acompañó, al salir de Wahnfried y al ver todas las luces con el crespón de luto, dijo: “Es terrible esta pompa fúnebre.” Todo este espectáculo no le gustaba, y ahora la ciudad de Bayreuth le dedicaba un entierro realmente principesco.

Sus artistas trasladaron el ataúd hasta el coche fúnebre, y siguieron caminando a su lado junto a los portadores de antorchas, después seguían los invitados principescos y el inacabable acompañamiento. Todos íbamos con el sombrero en la mano y era seguro que la gran y bondadosa persona que acompañábamos se habría alegrado al ver que toda la querida patria de Bayreuth participaba tan cordialmente; los niños de las escuelas estaban de nuevo en las calles por donde pasaba la comitiva, y hasta en los tejados de las casas se vía gente que mostraba su dolor con respeto. Con el repique de todas las campanas el coche fúnebre llegó al viejo cementerio y los guardas colocaron el ataúd en el sepulcro. Este se encontraba bajo una encina, y en su entorno había varias tumbas infantiles, era como si las almas del querido “Kobold” quisieran rodearlo.

Las antorchas se colocaron entorno al sepulcro, después de un Coral resonó la canción luterana: “Nuestro Dios es un firme castillo” cantada por el Coro Ekkehard, el mismo que en su 60 cumpleaños lo saludó de mañana con una antigua canción protestante. Tras la bendición pasaron todos los acompañantes, colocaron unas flores sobre el querido Maestro y pronunciaron unas palabras de despedida.

Por la noche se reunió la familia, algunos de los actuantes y los amigos invitados en el Teatro del Festival para un acto en su recuerdo. Se levantó el telón y se vio un horizonte azul oscuro rodeado de ramas de laurel. La no deseada aparición de la imagen del Maestro fue respetada.

Toscanini dirigió con emoción poética el Idilio de Siegfried. Resonó el profético augurio del gran padre para el hijo recibido con tanta alegría. El ser de Siegfried, su genio,

despreocupado e infantil, su intenso contacto con la naturaleza, su espíritu sensible, todo resonó, gracias al don de la divina música, junto al más digno amor de todos los maestros alemanes, a quienes había permanecido fiel durante toda su vida.

Entonces fue él mismo quien habló desde el conmovedor interludio, “La Fe” de su “Heidenkönig”, y el Preludio de su “Friedensengel” resonó como una bendición mandada desde el más allá. Elmendorff fue quién nos ofreció el último regalo del desaparecido.

Dirigida por el Dr. Muck nos llegó la Marcha Fúnebre del “Ocaso de los Dioses”. Todos nos pusimos en pie, y así fue como Richard Wagner con su “Anillo del Nibelungo” bendijo a Siegfried Wagner en su muerte, él, que tras dirigir magistralmente “El Ocaso de los Dioses” se desplomó.

Karl Braun leyó un noble recordatorio sobre su persona, sus creaciones y su muerte: estas palabras fueron escritas por Friedrich Kranich y sonaron como una promesa: ¡Fidelidad contra fidelidad!

La Sra. Winifred Wagner agradeció a través de unas palabras del orador la participación y el trabajo de los colaboradores.

Entonces, el llamado prematuramente, descansó bajo el roble alemán, los pájaros cantaron en él como en su “Heilige Linde”. Un nido cuelga de una de sus ramas, y unas palabras de recuerdo ornan la bella tumba cubierta de flores. Una columna con una cruz lleva escrito su nombre, todo sin “pompas fúnebres”.

Cuando termina una vida humana es cuando realmente puede verse su significado.

Siegfried fue siempre joven, siempre persistía en él la juventud, hasta que al fin llegó la madurez, y al insustituible, con nuestro más profundo dolor, se le ahorró la vejez. Su espíritu habría continuado inmune, pero habría sido muy duro para él soportar una larga decadencia, no poder actuar ni crear porque el corazón no lo habría soportado, así este prematuro final ha sido un consuelo. Él no quería estar enfermo, fue una imprudencia que en los últimos años, a pesar de los requerimientos de su esposa y de amigos médicos, no fuese posible convencerlo a hacerse una revisión o unas curas de aguas termales, esto pertenecía también a la grandeza de su naturaleza: la grandeza que vivimos en él y en su obra es nuestro consuelo, la innata bondad de su corazón lo condujo a la paz que su admirado Schiller anunciaba:

“Allí, en el mar del eterno esplendor,

al morir, se intercambian espacio y tiempo.”

SIEGFRIED WAGNER Y LA OBRA DE BAYREUTH

AL FINAL DE SUS RECUERDOS SOBRE SIEGFRIED WAGNER, EL PROF. FRANZ STASSEN CUENTA EL TRABAJO DE SIEGFRIED COMO HEREDERO Y DIRECTOR DE LOS FESTIVALES DE BAYREUTH.

El destino ofreció a Siegfried Wagner, como hijo del Maestro, el honroso trabajo de hacerse cargo de los Festivales y bajo difíciles circunstancias continuarlos, a pesar que tras la guerra, revolución e inflación habían sido perjudicadas las bases económicas de lo recibido.

Toda la vida de Siegfried, ya desde su infancia, había permanecido en la línea de pensamiento del Maestro. Estuvo presente en la colocación de la primera piedra del Teatro del Festival, y recordaba claramente haber asistido, con siete años, al “Anillo” del año 1876.

“Parsifal” lo siguió ya con mayor comprensión y el Estilo de Bayreuth fue el aire vivificador en el cual su sentido artístico se desarrolló; así, desde su primera juventud, aprendió a manejar el instrumento que debía dominar: la escena. Cuando su genial madre, tras la muerte del Maestro, tuvo que coger necesariamente las riendas y ponerlo todo de nuevo en orden y tras el “Parsifal” dar en el año 1886 “Tristan e Isolda”, él fue testigo del trabajo de estudio que la Sra. Wagner realizó con los cantantes en el salón de Wahnfried y arriba en la escena. Entonces Bayreuth tuvo que luchar duramente. En Alemania solo un pequeño círculo, hasta entre los mismos wagnerianos, sabía lo que pasaba en el sagrado legado de Richard Wagner. Gracias a la admiración de los extranjeros que acudían en gran número, la obstinada gente del país aprendió lo que se debe saber sobre un genio, y como se le debe respetar. Entonces “Tristan” se hizo con la sala medio vacía, pero en 1888 aparecieron “Los Maestros Cantores” y fue entonces cuando advirtieron lo que era Bayreuth, y así aquel arte teatral encontró su absoluta realización. En 1889 se introdujo de nuevo en el programa “Tristan”. La sala estuvo llena, y a pesar de algunas dificultades la Sra. Wagner pudo

ofrecer “Tannhäuser” en 1901. El Maestro ya había querido hacerlo, él lo tenía en primer lugar en la lista de sus obras representables y la Sra. Wagner compartía este deseo. En este momento Siegfried, ya en plenos estudios musicales, se encontró ante la nueva e inesperada aparición de esta obra de la primera etapa. Ante él tenía todavía la época de estudio con el maestro Humperdinck, pero ya se encontraba dentro del equipo de asistencia musical.

“Tannhäuser” fue intensamente cuestionado hasta por los hiperwagnerianos. Se habían acostumbrado a verlo representado en los Teatros operísticos y habían olvidado lo que el Maestro sufrió ante estas puestas en escena equivocadas. Pero la actual Dirección de Bayreuth creía que el nuevo montaje sería una manifestación de “conmovedora humanidad y milagrosa divinidad” en la maravillosa imagen de la Edad Media, y además una Bacanal vista por primera vez en su correcta versión, sobre la cual el culto estudioso artístico, Dr. Fiedler dijo: “He presenciado una visión de la antigüedad.” Esta fue una decisión personal de la Sra. Wagner, que Siegfried admiró.

Cuando regresó de su viaje por el Sur se encontró con la Escuela del Estilo de Bayreuth, en la cual participó activamente, y con los preparativos del primer “Lohengrin” de 1904 que ya estaban en marcha. Al terminar sus estudios musicales se convirtió en el auténtico ayudante de la madre.

Entretanto, en Munich, se había utilizado por primera vez el vestuario auténtico de la época, destinado al Festival de Bayreuth. Se preparaba ya la construcción del “Prinzregententheater” bajo la dirección de Possart. Pero Bayreuth siguió luchando impertérrito por una nueva victoria artística, la de “Lohengrin”, ante lo cual las críticas tuvieron que callar.

En una representación de “Lohengrin”, Siegfried cogió por primera vez la batuta en el Teatro del Festival, cuando el director, cediendo a los deseos de la Sra. Wagner, abandonó su puesto, así Siegfried dirigió el tercer acto con tanta seguridad que al terminar, la orquesta le dedicó un aplauso.

Justo al finalizar el Festival, empezó el gran trabajo preparatorio para “El Anillo del Nibelungo” de 1906 en una nueva producción. La gran obra, la más grandiosa creación poético-musical de todos los tiempos, debía presentarse completamente distinta, tanto escénicamente como en el vestuario, para emprender un camino victorioso ante el que no tuvieran nada que hacer todos los actuales Beckmesser. La Sra. Wagner

había encargado a Hans Thoma el diseño de los personajes y el Maestro había encontrado para “El Oro del Rin” una solución realmente artística. Más tarde se cambiaron algunas figuras, pero en lo esencial la obra de Thoma se ha mantenido hasta hoy. Siegfried recibió el encargo de ocuparse de la dirección escénica, él fue quien creó los movimientos natatorios de las Hijas del Rin, y gracias a su don pictórico la iluminación y los velos nebulosos de las cuatro partes del “Anillo”.

Así, 20 años después del primer Festival apareció de nuevo el “Anillo” y sus dos ciclos se dieron junto a “Parsifal”, obra que cada año estaba presente en el Festival.

Siegfried dirigió por primera vez toda la obra en el tercer ciclo. Al año siguiente se repitió “El Anillo del Nibelungo”. Así, ahora en la escena de Bayreuth solo faltaba “El Holandés Errante”, y este fue un trabajo exclusivo de Siegfried, bajo la guía de su madre. Lo realizó sin los entreactos que hasta entonces se habían dado; fue la inmensa Balada que Richard Wagner quería, y que nunca pudo presenciar.

Entre tanto Munich empezó a competir; en América habían logrado robar el “Parsifal” gracias a la secreta ayuda de Possart (él mandó a América, con tres meses de permiso, al Regidor Jefe, al saber que querían hacer “Parsifal”). En 1901 el Reichstag Alemán había negado una revisión de la Ley de Derechos de Autor. El Liberal Demócrata, Eugen Richter había dado a la solicitud la frívola denominación de “Lex Cosima”, y otro miembro de la casa, el Socialdemócrata, Diez chocó en el mismo escollo, así la ley con la última voluntad del Maestro, que “Parsifal” permaneciese en Bayreuth, por lo menos 20 años más, fue a parar a la papelera.

Contra las incorrectas declaraciones expresadas en varios comentarios, la Sra. Wagner dirigió el siguiente escrito al Reichstag: “Todavía estoy sorprendida que en la discusión del 33 no se mencionasen para nada los acuerdos sobre los Derechos de Autor, sino que se declarase que justo en este escrito se tratase únicamente de los intereses de mi familia y que por este motivo se denegó el derecho a una ampliación. Como esta declaración me parece incorrecta, figurando en ella manifiestos errores, creo es mi deber corregir estas equivocaciones.

Si el diputado Sr. Eugen Richter cree que de cien compositores solo el cincuenta por ciento estaría interesado en la prolongación del tiempo de protección, entonces le replico que en este cincuenta por ciento posiblemente se encontrarían las más eminen-

tes personalidades, y que en este asunto, basarse en cantidades, no tiene el más mínimo sentido.

El éxito inmediato y su rápida difusión no son validos para medir el valor de una obra, ni para colocarla en su debido puesto y por lo tanto opinar sobre el derecho de su compositor y el de sus descendientes ante futuros ingresos. Pero aceptando que dichas obras puedan tener en el próximo futuro escasas representaciones, se podrá exigir a la justicia con mucha más fuerza la prolongación del tiempo de protección para el compositor y sus descendientes.” Tras unas pertinentes aclaraciones continua el escrito: “Aquí es adecuado preguntar por que el compositor o el poeta no pueden tener por todo el tiempo derecho sobre el rendimiento de sus obras, como sucede en otras especialidades. El diputado Sr. Eugen Richter declara: “Poetas y compositores sacan sus obras del pueblo; esto queda claro que es así. El poeta crea a partir de las sagas populares y el compositor de las melodías del pueblo que envueltas en su arte las devuelve al pueblo, esto es un intercambio espiritual. Así que un autor se hace famoso, el pueblo, a través del Estado, le procura unos medios de vida con los cuales puede, con toda comodidad, escribir sus obras que no tienen un inmediato propósito de ganancias pero que procurarán fama a la Nación, así sería comprensible que el Estado tras un determinado tiempo dispusiera de esta parte de sus ingresos para utilidad pública. Este sería el intercambio material entre el autor y el pueblo.”

Pero a pesar de lo expuesto aquí este intercambio material no se da en absoluto; lo que si se da es que al terminar la protección legal de los herederos del artista les será arrebatado el ingreso material de su trabajo.”

A pesar de esta clara petición de justicia el Reichstag la rechazó de nuevo como sucedía cada vez que se trataba sobre el corazón del arte y la cultura alemana: Bayreuth.

En 1902 se dio de nuevo “El Holandés” y en 1904 se le confió finalmente a Siegfried, “Tannäuser”. Especialmente la Bacanal obtuvo bajo su mano una absoluta nueva visión; Isadora Duncan puso su arte coreográfico al servicio de la obra.

En el año 1906 se dio por última vez la presencia de la Sra. Wagner en los ensayos y en las representaciones, fue con “Tristan e Isolda” en el cual se encontró con Bary un Tristan que no se había visto desde las magnificas actuaciones de Schnorr. La Sra.

Wagner contestó una vez a la pregunta de cual era el cantante que le había causado mayor impresión: "Fue Schnorr como Tristan". Siegfried trabajó con todas sus fuerzas. En estos años reconoció: "Tristan" lo devora a uno."

Cuando apareció la enfermedad, la Sra. Wagner no volvió a pisar el teatro del Festival hasta el año 1924. dijo: "Cuando se renuncia se renuncia del todo."

"Algún día mi hijo tendrá que ocuparse de que todo sea correcto.", esto escribió Richard Wagner, y a partir de 1908 Siegfried fue el único Director de los Festivales.

Debía volver el "Lohengrin" y Siegfried tenía gran cantidad de nuevas ideas para la obra trágica, como la calificó el Maestro. Él mismo diseñó los decorados, y Brückner de Koburgo realizo magníficamente la parte pictórica.

Al terminar la representación de este "Lohengrin" todos tuvimos la impresión que "se había realizado un milagro" y tras esta obra maestra Siegfried, como regidor, pasó a ocupar el primer lugar en el mundo. De todas maneras la consabida malquerencia contra Bayreuth lo salpico con algún veneno, pero esto no tardó en desaparecer como la escarcha desaparece bajo los rayos del sol.

En 1908 se dieron "Parsifal" y el "Anillo" bajo su actual ropaje y en su debido estilo. Junto al heredero se encontraba como eficaz y adicta ayudante Luise Reuss-Belce, que en aquellos momentos todavía cantaba su modélica Fricka, dentro del más puro estilo de Bayreuth.

En el año 1909 se volvió a dar el mismo ciclo, solo que esta vez Bary hizo el Lohengrin y para la Elsa, Siegfried descubrió una encantadora y joven cantante, la Sra. Hafgreen- Waack. La obra resulto todavía mejor que el año anterior. Ortrud encontró una prodigiosa interpretación en la Sra. Bahr-Mildenburg.

También esta vez, a partir del momento en que Siegfried se encontró al frente de Bayreuth, siguió existiendo gente que protestó, no como en los tiempos de la Sra. Wagner, pero parece que este era el destino que se debía sufrir allí arriba, en la colina. Esto también sucedió cuando tras la muerte del Maestro la Sra. Cosima se hizo cargo del trabajo y parece estaba previsto que la cosa volviera a suceder. Siegfried, sin preocuparse, siguió su camino. Para 1911 tenía previstas grandes cosas: la nueva producción de "Los Maestros Cantores", nuevos decorados para el "Anillo" y una nueva estructura para el segundo acto de "Parsifal". En "Los Maestros Cantores" planificó un nuevo decorado para la histórica iglesia. Manteniéndose en la tradición,

Siegfried se atrevió a hacer algo nuevo, que algunas veces asustó. Dijo: “Se debe probar algo nuevo.” Pasó revista a todas las nuevas producciones teatrales; por ejemplo no se perdió ninguna de las prometedoras puestas en escena de Max Reinhard. Así, él también creó nuevas técnicas, luz eléctrica de distintos colores, el horizonte panorámico, esforzándose siempre en poner lo mejor al servicio de Bayreuth.

Llegó el Festival de 1911. Para el “Anillo” ofreció un maravilloso decorado nuevo, el de las alturas montañosas en “El Oro del Rin”. Para “La Walkiria” una nueva choza de Hunding y una roca de las Walkirias. “Siegfried” obtuvo una nueva gruta y un nuevo bosque. Pero el segundo acto de “Parsifal” superó todo lo demás. Él mismo tenía la impresión de haber creado algo ejemplar, y una vez, perdido en sueños en la entrada del Teatro del Festival, dijo: “¡Si mi padre pudiese haberlo visto!”

Fue un feliz Festival veraniego, la felicidad emanada de “Los Maestros Cantores” flotó dorada sobre estas semanas, Nuestro viejo amigo Glasenapp estuvo por última vez en Bayreuth, acogido con gran cordialidad por Siegfried, y Hans Richter dirigió la obra más alemana en todas las representaciones, a pesar que Siegfried hubiese dirigido a gusto una, pero no creo le expresase su deseo.

En 1912 se repitió el mismo programa. Con la última representación se despidió Hans Richter de sus actuaciones públicas. El gran aplauso final le perteneció a él, Siegfried desde la escena le indicó que subiese a agradecerlo a su lado. Pero el fiel veterano no lo hizo: “Allí arriba os pertenece al Maestro y a ti, pero no a mi.”, esto es lo que dijo.

El último “Parsifal” fue una vivencia dolorosa, la obra quedaba “libre”, a disposición de todos los Teatros y de posibles experimentos.

El año 1913 era el centenario del nacimiento de Richard Wagner. Siegfried rechazó tranquilamente todas las propuestas y preguntas que se le hicieron sobre una celebración, con las palabras: “Aquí se trabaja.” Después dijo: “Vosotros los alemanes siempre queréis celebrar fiestas, es más cómodo que honrar al gran hombre que quería que su última obra sagrada se reservase para su propia escena. “

El año 1914 debía traer “El Holandés Errante” con los decorados que Siegfried había realizado en 1902. Para el protagonista de la obra encontró en Challis un intérprete que actuaba según sus ideas y en Barbara Kemp una magnífica Senta, ella empezó su gran carrera escénica con esta primera aparición en Bayreuth. De nuevo Siegfried

dirigió en solitario una obra para el Festival: los estudios preparatorios de las primeras figuras, la dirección de escena, el trabajo musical embrionario hasta que cogió la batuta en la representación.

“Parsifal” lo dirigió el Dr. Muck, el “Anillo”, Balling, reservándose Siegfried “El Holandés”. En los pasados Festivales, desde 1908 , dirigía siempre el segundo ciclo del “Anillo del Nibelungo” y para nosotros, los de Bayreuth, ha permanecido inolvidable su manera de dirigir la Tetralogía. Era el poeta que introducía en la obra algo que el que era únicamente músico nunca podría hacer. No es posible explicarlo, no existe la explicación, solo es posible sentirlo. Se dio un ejemplo en la última representación del “Kobold” en Darmstadt en 1926. Balling estudió la obra con cariño y comprensión, cuando empezó el mágico Preludio fue algo perfecto, se pensó: así ha de ser; pero entonces Siegfried dirigió la última representación. Aquello fue más que música, aquello fueron los susurros de los duendes, uno se encontraba entre ellos. En esta inolvidable noche su obra lo poseyó y nunca más – él lo admitía conmovido – dirigió de manera tan emocionante. La Sra. Winifred Wagner se sintió tan profundamente sacudida que tras el primer acto se puso a llorar, máxima recompensa para el Maestro creador, lograr conmover un alma hasta tal punto.

Por encima del mundo, de Alemania, del Teatro del Festival, aparecieron las nubes tormentosas de la guerra. Durante “El Anillo del Nibelungo” se extendieron alarmantes rumores y tras “Siegfried” los asistentes húngaros se marcharon. Cada vez más las filas del Teatro del Festival fueron vaciándose y tras la octava representación, la declaración de guerra lo terminó todo. El Teatro del Festival cerró sus puertas durante diez años.

Permaneció allí arriba silencioso, y Siegfried ofreció los espacios dedicados a las restauraciones como servicios hospitalarios.

La guerra siguió y contra lo que habíamos esperado se alargó inacabable. Después siguieron unos difíciles y tristes años que no dejaron pensar en los Festivales.

En este tiempo Siegfried dijo: “Estoy escribiendo en 1922, y el Teatro del Festival sigue sin poder abrir sus puertas.”

“Activos amigos trabajaron para ofrecer medios para que pudiésemos, como era nuestro firme propósito, actuar en 1924. ¡Para que pudiese resplandecer de nuevo el Gral! Su bendición haría bien a nuestra pobre patria. A muchos de nuestros fieles

amigos no volveremos a verlos en la Colina, rostros queridos sin los cuales no es posible imaginar el Festival. El Conde y la Condesa Wolkenstein, Glasenapp, Hans Richter, Klinworth, Mottl, Mrs. Schirmer, esposa del editor americano, Mary Balling, Cheramy, Lascany, Dowdeswell, Höfler, Marie Gross, KÜchler, Kéfulé, Humperdinck, Mathide von Wolzogen, y muchos otros que la muerte nos ha robado. Pero gracias a Dios todavía viven muchos de la vieja “guardia”, como ellos se califican, y otros nuevos que vendrán. ¡Que la imagen del público de Bayreuth no cambie debe ser nuestra principal preocupación! Por esto debemos estar dispuestos, gracias a la colaboración de unos mecenas, a no aumentar el precio de las entradas que mantendrían alejados los elementos intelectuales.

¿Cuáles serían las mejores características de nuestro público? Aquí no es posible pensar algo sin la inclusión de los más distintos estratos sociales, basada solo en el corazón y en el espíritu. Las personalidades principescas que acudían fieles cada año, se encontraban a gusto liberándose de las habituales etiquetas, sintiéndose personas libres capaces de mantener contactos con otras personas. Se reunía la elite de la nobleza de numerosos países. (La más numerosa la húngara.) En la parte científica, en primer lugar se encontraban los médicos. En todos mis viajes, mi experiencia artística me ha permitido ver que casi siempre eran los médicos los que necesitaban sumergirse en el arte, sobre todo en la música. Prácticamente no existe ninguno de nuestros médicos más famosos que no haya estado en Bayreuth. Esta necesidad de música es un hecho indiscutible. En pocos trabajos el hombre debe ver diariamente tanto dolor, tristeza y repulsión como en la medicina. Dolor, siempre dolor. La mente de estas personas caería en la más profunda depresión si no encontrase un verdadero antídoto, y esto es el arte liberador: la Música. Lo mismo, aunque quizás no de manera tan intensa, sucede con los juristas que están en contacto con los instintos más bajos del hombre, ellos también buscan en el arte una liberación de las degradantes impresiones que su trabajo les proporciona. ¡Así podemos saludar a muchos de ellos como asiduos asistentes a Bayreuth!

En anteriores Festivales los profesores universitarios eran todavía una “raras avis”. Claro que cada uno de ellos valía por diez. El único de la Universidad de Berlín que reconoció la grandeza de Richard Wagner, y que cada año peregrinaba a Bayreuth

con los suyos, era Helmholtz Y el único que en los años ochenta tuvo el valor de dar conferencias sobre Richard Wagner en la Universidad, fue Henry Thode.”

Un círculo de fieles asistentes a Bayreuth y muchos venidos de nuevo, ansiosos de recobrar su contacto con los Festivales, crearon un Patronato, y en 1922 reunieron una considerable suma de dinero para proteger a Siegfried en su trabajo. El año de la inflación, 1923, redujo en gran parte este fondo. Pero Siegfried había empezado ya con los preparativos, había buscado ya los artistas, por lo cual nuestra más tarde tan admirada, la inolvidable Nanny Todsén, se encontró con todos los papeles ya asignados cuando se presentó en este verano de 1922.

Tampoco podía pensarse en nuevos decorados. Siegfried opinaba: “Con mis viejos harapos no podré tirar adelante.” Estos maravillosos “viejos harapos” podían causar un gozo artístico extraordinario al compararlos con las modernas infames monstruosidades. Él pensaba sobre todo en decorados corpóreos, como los que más tarde fueron apareciendo. Para el primer Festival puso, en el incomparable templo del Gral, solo dos columnas corpóreas, con lo que encontró una solución ideal. Así desde los asientos de la sala podía contemplarse, dentro del limitado espacio escénico, una buena perspectiva sobre la parte pintada. En Berlín alguien realizó un templo totalmente corpóreo, y esto dio la sensación de una pequeña capilla, mientras el templo del Gral, en Bayreuth, con sus soberbias pinturas y sus pasillos perdiéndose en el azulado crepúsculo era grandioso. Con las escenas paisajísticas sucede lo mismo, solo el primer término puede ser corpóreo, de lo contrario siempre se tendrá una imagen reducida. Esto no sucede gracias al arte pictórico que puede ofrecernos gigantescos panoramas imposibles de lograr ni con piezas plásticas ni con iluminaciones. Cuantas veces comenté con Siegfried estas situaciones. Él, a pesar del inevitable ahorro, renovó los decorados dentro de este estilo. Cuando alguna vez algo no funcionaba al no captarse su idea, se dejaba de lado y se buscaba otra solución, o se dejaba la cosa para más tarde.

Llegó el año 1924, el año de la reapertura. La inflación había terminado y se esperaba que lentamente las cosas volvieran a su sitio. Siegfried regresó a casa desde América e Italia y cayó sobre él un alud de trabajo. Debían hacerse de nuevo, “Parsifal”, “El Anillo del Nibelungo” y “Los Maestros Cantores” . Y se logró. Fueron llamados todos los que fue posible encontrar del viejo personal artístico de Bayreuth.

Cuando en los ensayos resonó por primera vez el coro de “Los Maestros Cantores”, “Despertad, se acerca el día.”, todos los ojos se llenaron de lágrimas. Toda la gente del Teatro estaba conmovida.

En los ensayos generales se reunieron – como era tradición en Wahnfried - amigos, invitados, y las honorables autoridades de Bayreuth. La Sra. Cosima renunció a su retiro y asistió al primer acto de “Parsifal”, sentada en el palco central junto a su fiel ayudante y amigo, Adolf von Gross, todo el tiempo mantuvo su mano entre las suyas. Siegfried quedó descontento del ensayo general, dijo: “Sentí vergüenza ante mi madre.” De esto no advertimos nada, para nosotros todo volvía a ser Bayreuth. ¿Cuál de los “Parsifales” robados podría habernos conmovido tanto como el que vimos en esta bendita hora?

En “El Anillo del Nibelungo”, a pesar de los modestos medios, se realizaron nuevas iluminaciones en algunas escenas. Y “Los Maestros Cantores” se dieron con la misma producción del año 1912. El entusiasmo fue indescriptible, y cosa curiosa, se expresó con todo el Teatro cantando espontáneamente el himno alemán. Esto, a pesar del profundo sentimiento alemán con que se cantó se encontró “fuera de lugar”.

Siegfried lo encontró penoso, pálido y decepcionado dijo: “Después del “Ocaso de los Dioses” no es posible cantar cualquier cancioncilla”.

Cuando al siguiente año del Festival pareció que la cosa se había convertido en tradición y se cantó “Deutschland, Deutschland über alles” , ordenó apagar las luces de la sala. En los días siguientes hizo colgar un letrero que decía: “Rogamos que el bien intencionado canto se abandone. ¡Aquí reina el Arte!”

La asistencia al Festival fue buena, se pagaba a gusto para escuchar de nuevo las deseadas obras. Siegfried escribió al final de estas bellas semanas: “ Las dos visitas de mamá al Teatro (primer acto de “Parsifal” y primer acto de “Los Maestros Cantores) le sentaron bien gracias a Dios, y las geniales palabras de Schwenniger diciendo que de vez en cuando era necesario un exhaustivo esfuerzo, se hicieron de nuevo realidad.” Los Festivales se cerraron con una maravillosa representación de “Parsifal”. Día a día las representaciones fueron mejorando, y así decidimos repetir el año próximo. El público fue fantástico, Cruces de Hierro a montones. Los malos espíritus se retiraron, por lo visto en este entorno no se encontraban bien.

¡Así hemos dormido diez días! Nos preparamos para la campaña de invierno. Algunos Teatros también lo hacen.

Con los excedentes de los ingresos – se trabajó de manera muy ahorrativa - Siegfried pudo hacer un edificio contiguo, una importante ampliación del espacio escénico con capacidad para los decorados corpóreos. El riesgo de construir un añadido a la clásica arquitectura tuvo éxito, el resultado ofreció una buena imagen y prácticamente la casa no cambió de estructura.

En 1925 se repitió el programa, Siegfried dijo que esta sería la prueba de si se podría seguir actuando. Y la prueba no defraudó las esperanzas. Aparecieron algunas nuevas colaboraciones. En el lugar de Fritz Busch, que había dirigido “Los Maestros Cantores” y que por desgracia este año había cancelado, se situó el Dr. Muck que se hizo cargo del trabajo, excepto en “Parsifal”. Después siguió un año de pausa, y después se planificó la aparición de “Tannhäuser”. Hacía años que Siegfried decía: “Muchachos, cuando os traiga de nuevo “Tannhäuser” vais a ver lo que es bueno.” En el verano de este Festival expresó varias veces su alegría por poder emprender este trabajo. Pero como “Tannhäuser” es la obra más cara económicamente no le fue posible representarla y se decidió por “Tristan e Isolda” para 1927 y 1928.

En estos dos años Balling dirigió “El Anillo del Nibelungo”, desgraciadamente por última vez. A pesar de su grave enfermedad, dirigió el último ciclo, se arrastró hasta el podio del director y se puede decir que dirigió moribundo, una muestra de la fidelidad a Bayreuth.

Los ataques de la prensa contra Bayreuth fueron los habituales; la Alemania democrática se incomodó por la bandera negra, blanca y roja que ondeaba junto a la bandera bávara en el Teatro del Festival. Entonces Siegfried puso fin a todas las habladurías poniendo junto a los colores del país una bandera blanca con la inicial wagneriana.

Se había pretendido liquidar la idea vital de Bayreuth, haciendo que pudiesen representarse allí obras de otros compositores y “significativas” obras modernas.

Naturalmente nunca se habló de la más mínima ayuda estatal para la empresa que todo el mundo admiraba y envidiaba. Durante los primeros años el Patronato, con medios muy modestos, pudo ayudar, cosa que Siegfried agradecía profundamente.

Así los Festivales se vieron obligados a sostenerse a si mismos. Entonces tuvieron que hacerse las cosas de distinta manera a como se hacían en la Alemania de los buenos tiempos, antes de la guerra. Tuvo que acostumbrarse a la prensa y a los anuncios, esta era la gran diferencia en la cambiante vida pública y comercial del momento, se exigían ciertos sacrificios a los cuales Siegfried se acomodó tranquilamente.

Para los principales papeles de las nuevas obras de 1927 Siegfried había previsto Gunnar Graarud y Emmy Krüger, la magnífica Sieglinde del primer "Anillo". Fue una real satisfacción artística para Siegfried estudiar "Tristan e Isolda" con estas fantásticas personas.

Básicamente los decorados se renovaron, pero Siegfried quería sencillez. El joven Kurt Söhnlein realizó los decorados, todos en el antiguo estilo celta. Los movimientos de los personajes mostraban al genial regidor De que magnífica manera estructuró Siegfried la difícil escena del apasionado encuentro en el segundo acto, cuando Isolda ya poseída por la Sra. Minne se precipita por la escalera del sufrimiento - "¿Cómo lo sufrí? ¿Cómo sufrirlo todavía?" - ... y el magnífico Tristan de Graarud, tras ella, abriendo su capa con grandioso gesto: "¡Oh, entonces ya nos entregábamos a la noche!", igual que un dios del amor y de la muerte. El Rey Marke, Melot, todos grandiosos personajes... hasta llegar a la muerte por amor de Isolda.

La Sra. Daniela Thode creó de nuevo un extraordinario vestuario. En el lugar de Balling, muerto prematuramente, Siegfried puso dos jóvenes directores: Elmendorff y Hösslin; el primero dirigió "Tristan e Isolda, el segundo "El Anillo del Nibelungo". "Parsifal lo hizo de nuevo el Dr. Muck que también era el director titular de la orquesta. Los decorados del "Anillo" fueron casi en su totalidad nuevos decorados corpóreos con un moderno aparato para las luces, así como un nuevo proyector para las nubes. Con esto el talento escénico de Siegfried consiguió unos resultados de inesperada belleza y grandiosidad.

"El Oro del Rin" obtuvo así su mítico encanto; siempre había sido en Bayreuth "el clou" de la temporada; como era posible olvidar la magia de la tormenta con los actuales velos de nubes. Loge aparecía rodeado por unas reales lenguas de fuego. Wotan se sentaba en un trono de rocas en sus tratos con los Gigantes y el torrente de

nubes de la tormenta te colocaba en plena niebla tormentosa. También los cambios de escena se realizaban a través de proyecciones luminosas.

El primer y segundo acto de “La Walkiria” fueron también renovados. En “Siegfried” hasta el año 1931 no se cambió la gruta corpórea bajo un diseño del propio Siegfried.

En “El Ocaso de los Dioses” se hicieron nuevos el segundo y el tercer acto, así como el final de la obra. La orilla del Rin no se logró del todo, el decorado corpóreo era demasiado duro, al abrirse el telón no daba la sensación que requería la indicación. “Aquí es todo fresco y puro”. Pero el final fue algo insuperable.

El segundo acto de “Parsifal” fue también creado de nuevo, la torre de Klingsor llegó a renovarse dos veces, pero no pudo compararse con el decorado del jardín creado por Siegfried en 1911.

En 1928 volvió a darse el Festival y esta vez Nanny Larsen –Todsén, que el año anterior había entusiasmado con Brunilda fue aclamada como Isolda.

Al final de cada noche Siegfried reunía en el restaurante a los amigos y a los cantantes que habían actuado, y después, ya tarde, se dirigían al “Eule”, el viejo y querido local que frecuentaba a menudo. En estas largas semanas de ensayos y representaciones dormía poco; se iba a la cama tarde y se levantaba temprano, nos preguntábamos a menudo como podía resistirlo, pero tenía una fuerza que se adaptaba a todo. También en sus viajes de conciertos invernales dirigía con frecuencia noche tras noche, le era suficiente un mínimo de sueño.

Así, finalmente en el año 1930 debía aparecer “Tannhäuser”. Al celebrar su 60 aniversario un grupo de amigos le entregó una cantidad para ayudar a los grandes gastos que la obra requería. Dijo: “Solo cuando encuentre los cantantes que “Tannhäuser” necesita daré la obra.” Y los encontró en Sigismund Pilinsky, con el que estudió el papel en el verano de 1929, y en la Sra. Ruth Jost-Arden como Venus. Así en el verano de 1929 estudio los papeles con estos dos intérpretes. En una actuación en Berlín los dos cantantes cantaron la gran escena del Venusberg a plena satisfacción de Siegfried. En estos dos cantantes había descubierto el tipo de voz que él deseaba para esta obra. En este año la Sra. Jost-Arden cantó, en tres conciertos dirigidos por Siegfried, unas escenas de sus óperas, en especial la Iris de “Sonnenflammen”, lo hizo de manera que ninguna otra cantante hacía.

Para el decorado del Venusberg mandó a su escenógrafo, Söhnlein, a las grutas de Saalfelder, y así compuso en color y forma unas inmensas grutas sobre un lago subterráneo, todo en unos tonos coralinos y unos fantásticos cambios de color en el reino de la Sra. Venus. La bacanal era una bella visión de la antigüedad, en la cual el Maestro puso todo su interés. Fueron catorce días de ensayos con el grupo de baile de Labanche y el resultado fue algo inigualable. Dirigido por la mano maestra de Toscanini pasaba todo demasiado rápido. Se podría haber dicho a la imagen: “¡Permanece, eres tan bella!”

Entonces venía la fantástica escena entre Tannhäuser y Venus. Pilinsky ideal en la imagen y en el canto tuvo que luchar en las primeras representaciones con una seria indisposición y hasta con un furúnculo, pero a pesar de ello hizo su trabajo de manera magnífica, a través de él y de Venus se percibía claramente la intención de Siegfried. Gran parte del público no acabó de entenderlo, estaban demasiado influenciados por las costumbres instaladas en los Teatros de Ópera, pero Siegfried quería que su “Tannhäuser” fuese algo diferente. Ahora bien, en las últimas representaciones de “Tannhäuser”, los críticos ya tuvieron que callarse.

Daniela Thode hizo de nuevo los trajes. El propio Siegfried diseñó el segundo acto: “No debe recordar más el antiguo Moritz von Schwindsche.” dijo, y así el telón se abrió ante una sala cuadrada, toda en tonos dorados con pinturas románicas y un techo de oscura madera incrustada en oro.

La entrada de Elisabeth, cantada por María Müller, era emocionante. Pero, lo más bello, dentro de la belleza de la última producción de Siegfried Wagner, fue la entrada de los invitados con infinidad de felices detalles que culminaban en el canto de saludo a la reunión de los cantantes.

Así realizó nuestro querido Maestro su última obra en Bayreuth. En ella ofreció sus últimos esfuerzos, pero no pudo asistir a su ensayo general: en este momento se encontraba ya en el Hospital.

En uno de los ensayos, explicaba la Sra. Jost-Arden, Siegfried se acercó a Pilinsky, le cogió una mano y se la puso sobre el corazón con las palabras de Tannhäuser: “Llevo aquí en el corazón la tumba de la muerte.” ¿Fue una premonición? Nosotros, en estos bellos y armoniosos días, no advertimos nada que debiese preocuparnos.

Su última asistencia al Teatro del Festival fue en el gran ensayo final del “Ocaso de los Dioses”. Pistor hacía un Siegfried maravilloso, con su belleza física se convertía realmente en el “sublime héroe”. Siegfried entró muy serio, y no nos saludó como siempre acostumbraba con una amable mirada y unas palabras cordiales. Así le pregunté a su hermana, la Condesa Gravina: “¿Qué le pasa?” Ella opinó que probablemente había tenido algún nuevo disgusto y que estaba afectado. Súbitamente se puso a reír y volvió a ser el de siempre.

Así presencié el magnífico ensayo, con la maravillosa Brunilda de la Sra. Larsen-Todsen con su inigualable estilo, el segundo acto, y el gigantesco final con la inundación del palacio de los Guibichungos, el Walhalla ardiendo, y la inmensidad azul del ocaso de los dioses, y entonces sucumbió, como Siegfried, el héroe cuyo nombre había llevado con tanto honor. “Siegfried fui llamado por mis padres. No he cortado yunques, no he matado dragones, no he cruzado el mar de llamas, pero a pesar de todo espero no haber sido demasiado indigno de llevar este nombre, ya que por lo menos el miedo no ha sido mi problema.”

Él resistió con valentía todas las oposiciones con que se encontró desde que en 1908 se hizo cargo de la dirección de Bayreuth. Atacado con increíble malicia cuando en 1924 quiso abrir de nuevo el Festival, en tan difícil situación, continuó con gran esfuerzo, ofreciendo su vida para conservar el legado de su excelso padre: la Obra de Bayreuth.

Traducción del alemán de Rosa María Safont